
NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
1836

APOLOGIA

DEL METODO CON QUE HAN CURADO LOS MEDICOS DE LIMA LA EPIDEMIA QUE SE HA PADECIDO EN ELLA

POR TODO EL ESTÍO

DEL PRESENTE AÑO DE 1818,

PUBLICADO

EN LA GAZETA DEL GOBIERNO

DEL MARTES 10 *DE MARZO*:

Y CONTESTACION A LA CRITICA QUE CONTRA DICHO METODO DIÓ A LUZ EN LA MISMA GAZETA EL MIERCOLES 9 DE ABRIL DON JOAQUIN SOLANO PROFESOR DE LA REAL ARMADA.

POR EL D. D. JOSE MANUEL VALDES,

MEDICO DE LOS HOSPITALES DE SAN PEDRO Y SAN JUAN DE DIOS EN ESTA CAPITAL, EXAMINADOR DEL REAL PROTOMEDICATO, Y SOCIO DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

LIMA 1818.

POR DON BERNARDINO RUIZ.

Numquid qui multa loquitur non et audiet? aut vir verbosus iustificabitur? Tibi soli tacebunt homines? et cum ceteros irriseris, a nullo confutaberis? Job. Cap. 11. vers. 2. 3.

ERRATA.

Pag. 5. lin. 1. dice *laborent*: lee *laborarent*.

Habiéndose publicado en la Gaceta núm. 24 una impugnacion de Don Joaquin Solano, Profesor de la Real armada, contra mi descripcion de la epidemia que se ha padecido en esta ciudad por todo el estío que acaba de fenecer, y que salió á luz en la gaceta del Gobierno del mártes 10 de marzo del presente año; he vacilado por algunos momentos sobre el partido que debia tomar. Pero como no solo me haya ofendido á mí, sino igualmente á todos los médicos de esta ciudad, á quienes ha tratado con sumo desprecio en el mismo impreso, y como pueda este inducir en graves errores á los jóvenes inexpertos, y hacer mas arrojados á los charlatanes ignorantes; me he creido obligado á impugnarlo por el honor de mis comprofesores, y por el bien público, á quien tanto interesa la instruccion y adelantamiento de los que se dedican al arte de curar.

Comienza el autor su impugnacion, extrañando que yo no calificase la epidemia, la que en su concepto fué una fiebre remitente catarral biliosa. Si yo me hubiera propuesto escribir una memoria sobre dicha enfermedad para que fuese leida en alguna Academia, la habria bautizado con su propio nombre; y á la verdad no habria sido con el que impropiamente le ha puesto el Sr. Solano. Pues aunque se notáron síntomas catarrales en muchos enfermos de la epidemia, como lo expongo en la historia que dí de ella, fué mucho mas crecido el número de aquellos en quienes no se observó ningun fenómeno catarral. Y siendo los síntomas inseparables de la enfermedad quienes deben caracterizarla, nada influyen para esto los que le son accesorios, y que varían en los

individuos segun su temperamento, edad, enfermedades habituales, y otras circunstancias de esta especie. Y así como caracterizaria muy mal la epidemia quien la nombrase fiebre exantemática, porque en muchos se notaban erupciones cutaneas; ó fiebre disentérica, porque en no pocos tuvo este carácter &c.; del mismo modo es un error juzgarla catarral, porque en algunos estuviese acompañada de catarro. Sin que obste contra lo dicho la razon que se alega de haber sido excitada por la transpiracion suprimida; pues siendo esta una causa generalísima que produce enfermedades no solo distintas, sino opuestas por su naturaleza, síntomas y método curativo, ni el carácter de la enfermedad, ni el plan de curacion se reglan siempre por la causa procathártica ó externa que la produce. Así vemos que un constipado ocasiona en unos tercianas, en otros pleuresías, en esotros tétano ó pasmo &c. y cada uno de estos males se caracteriza y cura por los órganos que ataca y fenómenos que le acompañan, y de ningun modo con atencion á la causa general que los excita.

Esto supuesto, la epidemia no debe llamarse fiebre remitente cataral biliosa, sino fiebre efemera biliosa.

Continúa el autor diciendo que *en las zonas templadas en el estío, y en las ardientes en todo tiempo regurgita (la bilis) del duodeno, ocupa una cavidad que no le es propia, y por eso entre trópicos, tanto en América como en Asia, son tan freqüentes los afectos biliosos, como las fiebres remitentes é intermitentes, disenterias y diarreas de este carácter. . .*

¡ Qué lenguage tan impropio en un médico moderno! ¡ Quien en el dia hace á las bilis ni á ningun otro humor causa principal é inmediata de las enfermedades agudas! Aun el viejisimo Galeno se escandalizaria al leer esta doctrina patológica, á pesar de ser él tan humorista; pues en el cap. 1. del lib. 2. de *differentiis febrium*, habla de este modo: *Non sufficit ad generationem febrium, sicut multi opinantur, si solum amara bilis, quam nonnulli pallidam, nonnulli flavam appellant, aucta fuerit, aut exuperarit. Omnes enim qui morbo regio (ictero) laborant,*

maximis laborent febribus, in eis siquidem hujusmodi humoris magna in toto corpore copia redundat: non tum febricitant, nisi aliqua alia accesserit causa. Si así pensó Galeno guiado solamente de la observacion y la experiencia: ¿de qué otro sentir han de ser los médicos modernos ilustrados con los principios de una sublime y luminosa fisiología? Lea el Señor Solano al sabio ingles Cullen, á los franceses Pinel en su Nosographia, y Richerand en el 2. tom. de las memorias de la sociedad medica de emulacion de París, y á otros autores infinitos, y verá que casi todos rehusan á la bilis la produccion de la fiebre. Pues desde que por los escritos de Apino, Gauvío y Barthez se empezó á conocer la total diferencia que se halla entre los cuerpos vivos y la materia muerta, y el que así como esta obcdece ciega á las leyes de atraccion, impulsion y afinidad que arreglan el mundo físico, así aquellos al principio vital que los anima y vivifica; ya se ha negado á los humores como enteramente pasivos la facultad de producir las enfermedades: y se sabe que su forma, consistencia y propiedades, tanto en el estado sano como en el morboso, todas dependen de los sólidos que con variedad los modifican. Por esta razon ha nombrado Pinel á la fiebre biliosa, *meningo-gastrica*, denotando con esta expresion derivada del griego, que dicha fiebre es excitada únicamente por la irritacion de las membranas de los órganos que elaboran la digestion de los alimentos, sea qual fuese la causa interna ó externa, moral ó física, que determine el aumento de accion en dichas partes.

Tampoco puede tolerarse á este escritor el que solo por consideracion á las zonas en que se divide el globo, quiera determinar las enfermedades propias á los habitantes de cada una; semejante á los sabios de la antigüedad que creyéron inahitable la gran parte de tierra comprendida entre los trópicos. Sepa pues que se engaña creyendo y asegurando, *que las fiebres intermitentes son tan freqüentes en la América como en el Asia*, pues casi nunca se ven en nuestra sierra, aunque sean tan comunes en la costa, como lo son en las de Andalucía &c. Así es que las enfermedades, no tanto son producidas

por la zona en que se vive, quanto por el influxo y variaciones de la atmosfera en cada país, cercanía ó distancia del mar y de los rios, costumbres de los habitantes, y segun la elevacion ó profundidad en que está colocado cada pueblo.

Pasa despues á probar la necesidad de combatir la fiebre epidémica biliosa por el uso de los vomitivos, sirviéndose para esto de dos textos de Hypócrates mal entendidos y peor aplicados, y de unas pruebas de razon que nada prueban, y que si se adoptaran, serian un manantial de errores en la práctica. Voy á demostrarlo.

El primer texto de Hypocrates es así á la letra: *Quae ducere oportet, quo maxime natura vergit, per loca conferentia eo ducere.* Convengo ahora por gracia con este Señor en que la bilis haya sido un humor vicioso, y no un efecto de la irritacion de los órganos del vientre, en la que ha consistido esencialmente la enfermedad, como dixe mas arriba; doyle tambien de barato el que el vómito fuese la via mas conveniente para la expulsion de dicho humor, y no el vientre, á pesar de que por una y otra lo evacuaba la naturaleza. El negocio consiste en el *Quae ducere oportet* de Hypócrates; esto es, debe decidirse, si á pesar de los excesivos vómitos que tenian los enfermos graves, y en tanta copia y frequencia, que era preciso reprimirlos con el uso de la nieve para que no sucumbiesen, (como lo expongo en la historia, la qual dice mi crítico, que es fiel y exâcta, y que procedí en ella como buen profesor), convendrian los vomitivos. Consultemos á los expositores de Hypócrates sobre dicha palabra *oportet* del citado aforismo. El español Valles, á quien por su saber llamáron divino, me dice que quando la naturaleza basta para la evacuacion, de ningun modo debe promoverla el arte. He aquí sus palabras: *Oportebit vero, si multa alia quae aliis locis scribuntur ab Hyppocrate adsint, et natura non videatur satis magnum cepisse impetum ad expurgandum per se se totum succum. Nam si hunc cepit, dictum prius est, quae iudicantur, aut iudicari parant, aut iudicata sunt integre, non esse a medico movenda.* Del mismo sen-

tir es el muy sabio y muy célebre Próspero Marciano. Así comenta este aforismo : *Quae ducere oportet summa cum ratione addidit Hyppocrates, quia non semper medicus humorum inclinationem et motum obsecundare evacuando debet, sed tunc solum, quando evacuationis adest necessitas.* Y si el Señor Solano quiere ser convencido por autores nuevecitos y flamantes, allá van. Andres Pasta sobre este aforismo se explica de este modo : *Haec sententia quae ducere oportet, ad imperfectam crisem pertinet ; cum natura humores quos ab utilibus secrevit, evacuare aggreditur; sed tardius et imperfectius.* Y ¿ quando soñó este crítico que habia de citarle á mi favor los modernísimos Richerand y Pinel, que hacen en el dia tanto papel en París, y que son tan protectores de los eméticos ? Oyga pues al primero apoyándose con el segundo en el tomo que cité arriba de las Memorias de la Academia : ,, Sin el socorro ,, del arte, y por las solas fuerzas de la naturaleza, la ,, fiebre biliosa puede correr con regularidad sus periodos, ,, y terminar favorablemente. El Dr. Pinel me ha dicho ,, haber visto exemplos en quienes limitándose á las be- ,, bidas diluentes ligeramente aciduladas, la fiebre termi- ,, nó felizmente en sus dias ordinarios."

El segundo texto de Hypocrates (que tampoco cita el Sr. Solano, por lo qual tengo que desempeñarle esta notable falta como en el primero) es el aforismo 4. del lib. 4., que dice así : *Purgare aestate superiores magis ventres, hyeme vero inferiores.* Por no aglomerar muchas citas, pongo solo á la vista las siguientes palabras del sabio comentador Antonio Musa Brasabola : *Tu dubitare poteris, cum in aestate medicamentis uti non liceat quia molesta sunt, et in hyeme etiam profunda non liceat, quomodo per superiora magis in aestate, per inferiora hyeme, medicandum erit. Respondemus, hoc intelligi quando opus est, et medicamenta exhibere cogimur.* De modo, que segun la doctrina hipocrática contenida en los dos aforismos citados, quando hay necesidad de evacuar algun humor vicioso, es mas cómodo promover dicha evacuacion por el vómito en el estío. Mas si la naturaleza promueve por sí misma la evacuacion, y esta es sufi-

ciente, de ningun modo debe el arte promoverla. Probada pues hasta la evidencia la inoportuna aplicacion de los referidos textos, exâminemos si acaso tiene alguna fuerza su raciocinio.

„ La nausea, el vómito, amargura grande en la „ boca, la crápula biliosa de la lengua" (esto es la borrachera colérica de la lengua, miéntras el Señor Solano no impetre de los Académicos de Madrid el que den á la palabra crápula la significacion muy arbitraria que él quiere darle) „ la sed, el hastío á substancias animales „ &c. son señales que anuncian la presencia de la bilis „ degenerada en el estómago, de la que procura descar„ tarse la naturaleza: entónces el médico que debe obe„ decerla y no mandarla, auxiliela en sus conatos, y si„ ga sus intenciones, pues quando no pone á su ene„ migo una reaccion suficiente, indica con la nausea que „ necesita ayuda." Este argumento que le parece victorioso á quien lo pone, está reducido á nada con la explicacion que he dado ántes de los pasages de Hypócrates. Y pues estamos argumentando, vaya este silogismito en respuesta, el que en pocas palabras declara quanto he dicho. Quando sobreabunda la bilis, debe ser evacuada por el arte, si la naturaleza no lo hace suficientemente: en la presente epidemia los esfuerzos de la naturaleza no solo han sido suficientes, sino muchas veces tan inmoderados, que ha sido necesario calmarlos; luego en la presente epidemia no han convenido los vomitivos.

Para mayor confirmacion de esta doctrina (que es y ha sido la de todos los médicos de sano juicio en todos los siglos y en todas las edades) quiero poner por testigo de la mayor exepcion al mismo Sr. Solano en un caso célebre que prueba no solo lo dicho, sino mucho mas, que cada qual comprenderá fácilmente.

Enfermó gravemente una Señorita europea navegando de Cádiz para Lima, en compañía de su esposo en la Fragata Esmeralda; y habiendo el físico que la asistia llamado á consulta á Don Joaquin Solano, que se hallaba en el buque San José, aseguró este que la Señorita moriria sin remedio ántes de pasar

la línea, como me lo ha informado la misma. Falsificóse este pronóstico, y llegó á Lima sana por el cuidado y asistencia de su profesor el físico de la Esmeralda. Á poco tiempo de su arribo á esta Ciudad, volvió á enfermar de una fiebre biliosa, y confió su asistencia al Dr. Villalobos. Y viendo este á pocos dias que la fiebre era de mal carácter, y que le habian sobrevenido vómitos verdes y fuscos, pidió en consulta al Dr. Egoaguirre. Convino el marido de la enferma, agregando tambien á Don Joaquin Solano. Mas ni este, ni los demas médicos pensáron „ obedecer á la naturaleza, y auxiliar- „ la en sus conatos, pues hasta en sus mismos extra- „ víos indica el modo de ayudarla;" ántes bien, á pesar de lo mucho que gritaba por un emético la pobre naturaleza, y sobre todo á pesar de la „ crápula bi- „ liosa de la lengua" hiciéron quanto pudiéron para reprimir el vómito. Mas nada consiguiéron, y Don Joaquin Solano dixo al esposo y demas interesados de la enferma, el que moria sin remedio: por lo qual estos Señores me asociaron á la consulta. Habló en ella primero Don Joaquin Solano, y su juicio fué que la enferma tenia lamparones en el vientre, que la fiebre y los vómitos provenian de dicha causa, y que por lo tanto eran incurables. Llegó mi vez, y aseguré que la fiebre era una verdadera remitente biliosa, que los vómitos no dependian de ella, sino de una irritacion nerviosa en el estómago é intestinos delgados, y que convenia por lo tanto administrarle el opio en lavativas y por la boca, asegurando que por este medio se sujetaria el vómito, y seguiria la fiebre su curso ordinario hasta su feliz terminacion. El Señor Solano se opuso fuertemente á mi dictámen, é insistió en que continuase la enferma con el remedio que la daba, aunque hubiese experimentado su ineficacia. Mas como se conformasen conmigo los DD. Villalobos y Egoaguirre, se ministró el opio, y el vómito cesó al punto como por encanto. No pudo negar el Señor Solano el acierto en el remedio, pues era muy visible; pero en las consultas siguientes fué de dictámen de que se le diese quina á la enferma, porque en su concepto nunca sanaria

sin ella. Yo me opuse con vigor, y dixe, tanto á los médicos consultores como á los interesados, que no debia darse otro remedio que el suero ó agua de pollo con tamarindos, para oponerse á la degeneracion que induce la fiebre en los humores, y mantener el vientre libre, y que con este auxîlio terminaria la fiebre el dia catorceno. Así se hizo, verificándose al pie de la letra mi pronóstico, como lo testificarán dichos Señores y los medicos de la consulta.

Supuestas estas doctrinas de que se hallan nutridos los medicos ilustrados de Lima, es claro, que preguntándoles el Sr. Solano, si convendria en la epidemia haber dado eméticos, no le responderán que sí, como él se lo supone á su antojo, sino *No*, *No*, y mil veces *No*. Y si les pareciese que en algun caso raro en que por notarse el estómago cargado, y la naturaleza torpe para arrojar los materiales viciosos, conviniese excitarla, preferirian el oximiel simple ó la hipecaquana al tártaro emético, por la grande irritabilidad que se advertia en los pacientes y disposicion al cólera-morbo, que en muchos se realizó con grave peligro de la vida. Pues en semejantes casos detestan el tártaro emético los modernos mas ilustrados; á mas de que es un remedio que varia de actividad segun como se le prepara; y tambien porque la experiencia nos ha acreditado muchas veces sus funestos efectos.

Habiéndose congregado en los dias 15 de enero y 4 de febrero del año de 1782. los académicos de la Regia Sociedad de medicina de París para tratar sobre el uso del tártaro emético, refiriéron todos los pésimos efectos que habian notado con su administracion: á saber, disposicion en los humores para la pobedumbre, y entorpecimiento de las crísis. Y añadiéron dos académicos, que habiendo suspendido el uso del tártaro emético, habian logrado una feliz y pronta curacion de las enfermedades pútridas y malignas (1).

Don Andres Piquer *gloria de los médicos españoles* segun dice el Señor Solano, condena el uso de los vomi-

(1) *Journal. de Medicin. tom.* 57. *pág.* 274.

torios antimoniales en las fiebres biliosas, y solo recomienda el oximiel y la hypecacuana. El modernísimo y juiciosísimo práctico Burserio proscribe tambien absolutamente el tártaro emético en las fiebres, aun administrado en dósis muy pequeñas.

Oyga mi crítico á Desbois de Rochefort en el tom. 1. de su Materia médica, pág. 199. ,, En las calenturas ,, biliosas que las mas veces son peligrosas, y principal- ,, mente quando atacan la pleura y pulmon, la enferme- ,, dad comienza por sequedad de la lengua que está co- ,, mo quemada, calor considerable de la piel, grande ,, acrimonia de humores, evacuaciones fétidas y serosas, ,, eretismo y elevacion de vientre; entónces el tártaro ,, emético aumenta los accidentes, estimula é irrita, y ,, aun dándolo muy dilatado, se ha visto que aumenta la ,, qualidad pútrida de los humores &c.‘‘ Del mismo sentir es el Dr. Piñera que traduxo ahora poco en Madrid las obras del sabio ingles Cullen, y que en una nota inserta en el 4. tom. de la Materia médica, copia muy á la larga la doctrina del frances Desbois, y la misma se lee en todos los prácticos de mejor nota.

Que por su diversa preparacion varíe de eficacia, es cosa muy sabida. Así habla Cullen en Edimburgo: ,, Se ha pretendido en mi concepto con razon, que la di- ,, ferencia de manipulacion podia hacer variar la fuerza ,, del tártaro emético, y que era dificil el que estando ,, preparado por diferentes químicos y boticarios, pudie- ,, se tener siempre el mismo grado de fuerza; lo que sin ,, embargo seria muy útil conseguir.‘‘ Lo mismo asegura Lieutaud, célebre médico parisiense, en su Materia médica por estas palabras: *Silentio premere minime debemus variam esse methodum parandi tartarum stibiatum, pro scilicet cuiusque Pharmacopolæ mente et arbitrio: quod posthabere haud citra piaculum licet.* Piñera en sus notas á Cullen dice lo siguiente: ,, La preparacion del tártaro ,, emético no es la misma en todas las Farmacopeas, y ,, acaso no se encontrarán dos que propongan una ope- ,, racion de tártaro emético uniforme, constante é inva- ,, riable en sus efectos. Es de desear que todos los bo-

„ ticarios observen un plan constante en la elaboracion „ del tártaro emético ; pues si cada uno sigue una ope- „ racion particular, y si esta operacion es capaz de au- „ mentar ó disminuir la energía del remedio, resultan „ entónces inconvenientes muy graves para el enfermo : y „ el médico se puede encontrar muchas veces expuesto „ á los vituperios que solo merece la preparacion infiel „ del medicamento. Si tanto se desconfia y teme de las diversas preparaciones del tártaro emético en las cortes de Lóndres, de París y de Madrid : ¿ nada deberá temerse en Lima, donde cada boticario trabaja por la farmacopea que se le antoja ? Y ¿ quién sabe si esta causa ha influido principalmente en algunos de los enfermos que han perecido, ó que se han visto en grave peligro despues del uso de este remedio ?

El año pasado fuí llamado á curar en la casa de polvos azules á una niña hija del Señor Don Pablo Manuel Egaña, ministro tesorero de las reales caxas de Puno, á la qual le habian ministrado por una fiebre gástrica biliosa el tártaro emético tres ó quatro dias ántes de que yo la viese. Halléla con el vientre muy elevado, dolores agudísimos, vómitos negros, pulso pequeño y frequente, sed intensa y lengua quemada, cuyos sintómas habian principiado segun me aseguró su padre, luego que tomó el emético. No omití quantos auxîlios ofrece el arte en semejantes casos ; mas á pesar de ellos, pereció gangrenada el tercer dia de mi asistencia.

Poco ántes sacamos de un grave peligro el Dr. Paredes y yo á un niño muy circunstanciado, á quien se le ministró en una fiebre biliosa un grano del emético. Omito otros muchos casos que pudiera citar ; pero así de estos, como de las autoridades referidas se deduce, que el tártaro emético no solo no es *perro que ladra y no muerde*, como asegura el Señor Solano, sino que por el contrario es en muchas ocasiones, tanto por su mala aplicacion, como por su propia actividad, perro rabiosísimo que envenena y mata con fiereza.

Mas á pesar de lo dicho no se dará tal vez por vencido nuestro crítico, porque segun refiere curó dos en-

fermos con el tártaro emético, cuyas historias expone. Pero ¿ qué prueban dos casos parangonados con veinte ó treinta mil que sanáron sin dicho remedio ? A mas de que los dos enfermos que cita, no fuéron molestados de vómitos ni de diarrea, como el mayor número de los que padeciéron la epidemia gravemente ; por lo qual puede afirmarse con seguridad, que así como esos dos enfermos sanáron con el emético, se habrian restablecido igualmente con *los subácidos y el caldo de pollo con arroz y una lechuga.* Mas ya es tiempo de no dexarle al Señor Solano el menor efugio.

En el año de 1784 se padeció en Cádiz una epidemia, á la que por benigna llamáron la piadosa, idéntica en todo á la que se ha padecido en Lima, la qual publicó Don Cristóbal Cubillas, y se halla inserta en el 2. tom. de la Epidemiologia española, y de la qual hizo mencion el Señor Protomédico en su informe á este superior gobierno. Para curarla se sirviéron los médicos de sangrías (porque los profesores de Cádiz derraman sangre hasta en las fiebres biliosas, en las que nosotros no sacamos ni una gota), de eméticos, de purgantes y de quina. Mas viendo la inutilidad de estos auxîlios, abandonáron los enfermos á su sola inclinacion de subácidos y frutas, por cuyo medio se salváron todos.

He aquí á los maestros de Don Joaquin Solano, á los médicos de Cádiz haciendo la apología de los de Lima. Ellos ya preocupados con una imaginaria redundancia de bilis en el estómago é intestinos, propináron el emético; ya concibiendo inflamacion en la sangre, la hiciéron derramar liberalmente ; y ya echáron mano de la quina como poderoso febrífugo, hasta que al fin desengañados de su error, hiciéron lo mismo que en una epidemia del todo semejante practicáron desde el principio los profesores limeños.

Decláreme ahora el Señor Solano este misterio. ¿ Son por ventura mas ilustrados los médicos de Lima que los de Cádiz ? No se me enoje por vida suya. Voy al punto á darle la razon de esto, si acaso no la alcanza. Los médicos de Cádiz estaban fascinados y apasionados por el

remedio de moda, y en vez de escuchar con imparcialidad el grito de la naturaleza, quisiéron acomodarla á su sistema, como si ella fuese sistemática. Por el contrario los médicos de Lima sin esa prevencion, instruidos de que la fiebre moderada debe permitirse como un esfuerzo saludable de la naturaleza, no tratáron de reprimirla con sangrías ni febrífugos; y observando por otra parte la inclinacion de los enfermos á los ácidos, y el sumo hastío á las carnes, conociéron que los vómitos y evacuaciones pendian de una viva irritacion en el estómago é intestinos que debia calmarse con los sedativos refrigerantes, y no de un predominio de bilis que exigiese los eméticos.

Por lo dicho se persuadirá mas el Señor Solano á que los médicos de Lima vemos con horror el tártaro emético, y á que muy rara vez lo administramos. ¡Qué engaño! Antes de afirmar semejante cosa, debió haber asistido por algunos dias á la visita de nuestros hospitales, é informádose de los médicos antiguos del pais y de los boticarios. Si hubiera practicado esta necesaria diligencia, habria sabido el que ántes de que el tártaro emético estuviese en tanta boga no solo en España, pero aun en Francia, ya lo usaba en Lima el D. D. Cosme Bueno, quien aprendió aquí la medicina, aunque era europeo; y que hace muchos años que los demas médicos se sirven de él en los casos convenientes.

Habrá como diez ocho ó veinte años que fuí llamado á casa del Señor D. D. José Arriz para ver un enfermo de edad avanzada que estaba ocho dias privado de sentido, á pesar de los remedios que le habian ordenado sus dos médicos, el ya finado D. D. Gabriel Moreno y el Señor D. D. Hypólito Unanue. Recetelé al punto quatro granos de tártaro emético diluido en agua, y volvió en sí á pocas horas de haberlo tomado; pero con un hipo tan fuerte, que puso á todos en sumo desconsuelo. Mas conociendo claramente que dicho síntoma era ocasionado por la grande irritacion del tártaro, ordené tres onzas de aceyte de almendras con unas gotas de laudano, y desapareciendo el hipo, quedó el enfermo sano.

Y no solo en las apoplexias y emiplexias, que no provienen de plétora sanguinea, y en otros males de esta especie, sino tambien en los verdaderos infartos del estómago é intestinos, quando notamos inercia ó muy débil accion en dichos órganos, lo damos francamente como vomitivo ó purgante; tambien como alterante en algunas obstrucciones crudas de las vísceras, ó como antispasmódico en dósis muy refracta, mezclado con el opio y alcanfor; y finalmente en los catarros sofocantes de los niños, como lo puede ver el crítico en mi Disertacion sobre la epidemia catarral que se padeció en Lima el año de 1808, á las pág. 78 y 91.

Así es que de ningun modo he querido proscribir de la medicina limana un remedio tan enérgico, con el qual yo y los demas médicos hemos arrancado á tantos enfermos de los brazos de la muerte; sino declamar contra el pernicioso abuso que veo hacerse de él. Pues por lo mismo que obra irritando y excitando con fuerza la accion de todos los órganos, y especialmente de los que se colocan en el baxo vientre; su uso no puede ser jamas indiferente, sino benéfico ó pernicioso, segun las circunstancias en que se ordene.

Y ¿cómo no he de declamar quando veo tanto jóven que sin mas estudio que el quaderno elemental de un colegio, lo receta desde el principio en todas las fiebres tanto continuas como intermitentes? Y si la facultad de medicina de París pidió y obtuvo un decreto que prohibiese el uso del tartaro emético hasta que se conviniesen los profesores sobre el mejor método de elaborarlo y propinarlo; y si para la administracion de los remedios activos se han consultado y consultan siempre los médicos en todas las partes del globo: ¿será extraño y violento el que yo quiera que los profesores jóvenes no manden el emético en las fiebres (en las que es mas obscura la indicacion de usarlo, y sus resultados de mayor peligro), sin la asociacion y dictámen de uno ó mas médicos ilustrados y provectos? ¡Oxala que se determine esto por el Señor Protomédico, como único medio para evitar las desgracias de que somos testigos, ya que en esta ciudad, á

pesar de su ilustracion, vemos con escándalo que se da por médico qualquiera que viene de fuera y quiere parecerlo, aun sin presentar título ninguno que autorize su suficiencia!

A pesar de que la verdad ha llegado á demostrarse de un modo incontestable, quiero destruir la prueba muy infundada en que apoya el Señor Don Joaquin su sentir de que *en Lima mas bien que en ningun otro punto del globo (excepto la India Oriental) conviene el tártaro emético.* La razon que da es, de que aquí se *está en un estío casi eterno.* Este error tan manifiesto proviene de lo que apunté arriba: á saber, de que el Señor Solano calcula la mayor ó menor intensidad de calor en cada pueblo por su mas ó ménos altura de polo. Así segun su concepto deben derretirse los hombres, ó por mejor decir no deben exîstir en Quito, porque se halla baxo el Equador. Muy diverso concepto han formado los viageros é historiadores que hablan de Lima, pues todos dicen que en ella se goza de una perpetua primavera (2). Lo cierto es, que jamas nos ha acaecido lo que á los habitantes de Cádiz, los quales en vez del plácido y delicioso Sur que diariamente nos refrigera y consuela, sufren de tiempo en tiempo el viento abrasador del Est, que no les dexa en ocasiones mas momentos de reposo, que los que empleau en el baño (3). Pero aun suponiendo el que aquí nos abrasásemos, y que continuamente nos constipásemos *por la niebla que sirve de cúpula á esta capital*; seria un error pernicioso asegurar el que por dichas causas debia ser muy freqüente entre nosotros el uso del tártaro emético. Es indudable el que en los paises calientes se halla mas exâltada la irri-

(2) *Hinc procul extremis Americæ in finibus, oram*
Aequoream propter, medius Sol imminet urbi
Quam dixere Limam. . . . .
Perpetuo cives ibi vere fruuntur, & annus
Labitur usque sui similis. Vanier. praed. rust. lib. vj.

(3) *Descripcion de la enfermedad epidémica que principió en Cádiz, por el D. D. Cárlos Francisco Ameller,*

tabilidad, y por lo tanto la dósis de todo medicamento estimulante, emético ó purgante, debe ser mayor en las regiones boreales que en las meridionales: luego en el caso dado de que viviésemos en un estío eterno, deberíamos preferir en cada clase de remedios aquellos que obrasen con menor estrépito.

Habla despues nuestro crítico con gran desprecio de las lavativas, aceytes, crémor, tamarindos y sangrías que usamos en Lima. Yo le pregunto primeramente ¿de donde hemos aprendido estos remedios? y lo desafio á que me cite algun autor de mérito desde que hay medicina en el mundo, que haya condenado las lavativas. Hipócrates á quien parece que el Señor Solano tiene algun respeto, fué uno de los médicos mas geringueros que ha habido; y desde aquella época hasta la presente, todos han recomendado este remedio en el mayor número de males, y especialmente en los agudos. Es igualmente de grande eficacia en las enfermedades espasmódicas é inflamatorias de los intestinos; y tanto, que Stoll célebre práctico de Viena, no duda asegurar, citando á Junckero, que solas las lavativas curan muchas veces el miserere ó pasion iliaca. *Saepe experientia docuit, vera scripsisse Junckerum, quod scilicet non raro clysmatibus solis universum malum solvatur* (4). Convengo en que en muchos casos son inútiles las lavativas, y que se aplican sin necesidad; pero esta práctica es mas segura que la adoptada en algunos paises de dar un emético, ó una sal purgante á casi todos los enfermos en su principio; pues aquellas jamas harán mal, y estos pueden en un crecido número de enfermedades hacer gravísimo perjuicio.

El uso de los aceytes es tambien muy provechoso en ciertos males, y especialmente en los cólicos espasmódicos, y en las disenterias no pútridas ni inflamatorias. El mismo Stoll á quien tanto respetan los médicos modernos, recomienda el aceyte de almendras dulces en el lugar citado. Pues como los aceytes obran relaxando poderosamente, son preferibles en dichos casos á los de-

(4) *Maximilian. Stoll Praelection. tom. 2.*

mas purgantes que por su estímulo habian de exâltar mas la sensibilidad é irritabilidad de los órganos encrespados. Mas ¿ para qué son razones, quando no hay médico á quien no haya acreditado su experiencia la eficacia exclusiva del aceyte en muchas enfermedades? Y si el Señor Solano diera un paseo por las haciendas de nuestra costa, veria que centenares de negros se salvan diariamente por el uso del aceyte en los terribles cólicos que padecen, con los síntomas de fiebre, tos y esputo sanguíneo, al modo de los dolores de costado y pulmonías.

La razon que se alega contra los aceytes, de que prontamente se oxîgenan y excitan convulsiones como los purgantes resinosos, es desmentida por la experiencia; y todos los boticarios pueden hacerle ver que los aceytes sacados por expresion, se conservan bastante tiempo sin ranciarse. Sin embargo este remedio como todos tiene sus excepciones; y aunque tan presto es *inocentísimo segun mi crítico*, *como acre y muy irritante*, y *capaz de causar espasmos terribles*, lo que encierra una contradiccion manifiesta; yo jamás lo he usado en las enfermedades pútridas, ni en las que se nota un predominio manifiesto de bilis, para que no me panegirizen los enfermos en el otro mundo, como hace meses que estaria panegirizando al Señor Solano la Señorita europea, de quien hice mencion arriba, si yo desde mi primera visita no hubiera conocido la enfermedad y el remedio conveniente, lo que él no pudo conocer despues de algunos dias de asistencia, visitándola cada rato, y pulsándola con un relox de segundos.

Y ¿ qué le diré del candidísimo crémor y del sencillísimo tamarindo? Que han sido y son sencillísimos y candidísimos Zimmermam en fiar tanto de ellos para la curacion de la disenteria, y Tissot, Bosquillon, Stoll, Cullen, Carminati, Alibert y otros gravísimos autores que tanto los recomiendan en las fiebres biliosas, pútridas &c. Y ¡ qué sencillísimos son los europeos que hacen tanto uso del tamarindo recibiéndolo de la India y de la América adulterado y degenerado por lo largo de la navegacion! ¡ Quanto mas lo apreciarian, si lo lograsen como nosotros re-

ciente y sabroso! Ruégole al Señor Solano el que haga buena provision de él en su viage para Calcuta, no sea que exaltándosele la bilis en la navegacion, *le regurgite en el duodeno, y ocupando una cavidad que no le es propia, le produzca alguna fiebre biliosa catarral*, para la que tal vez no alcance su divino emético.

Sobre la sangría (á la que manifiesta tenerle la mayor aversion), quiero que cite las autoridades en que se funda para detestarla. Pues desde Hipócrates, que sangraba hasta en el dia octavo del dolor de costado, y en la hidropesía, quando era muy grande la dificultad de respirar, sé por los escritos de los buenos prácticos de todas las edades y naciones hasta el presente, que la sangría es el mas poderoso remedio para curar las inflamaciones, y para precaverlas. No ignoro que algunos han aprendido á declamar contra este soberano remedio, del autor anónimo del Diccionario español de Medicina, que es el prontuario que consultan en sus apuros los que ignoran la lengua latina, ó que se molestan con la lectura de obras magistrales y voluminosas. Pero en el mismo Diccionario se recomienda la sangría en los casos dichos, y aun se dice que en ellos conviene á las veces repetirla tres ó quatro veces al dia. Y aun quando quisiera proscribirla este compilador, semejantemente al muy despreciable autor del librito español intitulado Idioma de la naturaleza: ¿qué peso podrá tener su autoridad contra la de los grandes hombres que han sido y son el ornamento de la medicina? Lea mi crítico al modernísimo práctico Maximiliano Stoll, oráculo de la Europa, y verá que no solo sangraba en su grande hospital de Viena en las inflamaciones sanguineas, sino tambien en las biliosas, y en el dolor cólico para precaver la inflamacion (5).

Mas si el Señor Solano ve ya con horror á Hi-

(5) *Subinde venae sectiones et emeses alternabant, prout vel inflammatio, vel affectio biliosa praevalebant.* Ratio medend. tom. 1.

Conveniunt omnium primo venae sectio ut inflammatio praesens tollatur, ut futura praecaveatur, simul spasmi solvantur. Idem. Praelection. in morb. cronic. cap. de colic. t. 2.

pócrates y á todos los demas grandes médicos, porque han sido sangradores, no es regular que desprecie á su *Don Andres Piquer gloria de los médicos españoles.* Pues sepa que este autor valenciano, recomendable por algunos respectos, no solo manda sangrar en las calenturas inflamatorias, no solo en las biliosas; sino, lo que es muy extraño y detestable, hasta en las malignas. Se le metió en la cabeza el que en estas fiebres habia una inflamacion en el cerebro que ocasionaba las convulsiones, y como esta doctrina no era fundada en la observacion y experiencia, sino en su concepto y sistema, erró gravemente como todos los sistemáticos. Quiero por último citarle á mi censor una observacion propia y muy singular de los efectos admirables de la sangría en las enfermedades que la indican, aun quando se ha omitido en el oportuno tiempo de mandarla.

Hace algunos años que fuí llamado á la panadería de la calle de Mercedarias, para ver á una niña jóven, que se hallaba en los últimos momentos de la vida, y á la que estaban medicinando en consulta los DD. Don Domingo Egoaguirre, y Don Gregorio Paredes, y un tercer profesor, cuyo nombre omito por moderacion. La moribunda estaba sin habla, con vómitos tan negros como la tinta, y con evacuaciones tambien negras y espesas como brea. Estos síntomas acompañados de pulso pequeño, duro y febril, de calor ustivo, y de dolor y ardor en la parte superior del vientre, me hiciéron conocer que el hígado padecia una fuerte inflamacion ya próxîma á terminar en grangrena. El profesor que no nombro, tan enemigo capital de la sangría como el Señor Solano, no solo no la habia ordenado en los muchos dias de la enfermedad, sino que la medicinaba con el régimen estimulante y tónico de quina, antimoniales &c. segun el perniciosísimo sistema de atribuir casi todas las enfermedades á debilidad, y que inmola diariamente muchas inocentes víctimas. En la consulta propuse la sangría, á pesar de que el estado agonizante de la enferma parecia contraindicarla. El dicho profesor se opuso á ella con furor, mas los dos médicos conviniéron con mi dictámen. Estaba el que se oponia tan satisfecho de su

sentir, que aseguró á la enferma é interesados delante de nosotros, el que la muerte seguiria de pronto á la evacuacion de sangre, y que publicaria por la ciudad el que yo era autor de esa desgracia. Pero ¡ o eficacia incontestable de la sangría ! Apénas se hizo, quando habló la enferma, cesáron los vómitos, la diarrea negra mudóse al punto en biliosa, y sanó la paciente en breves dias, como se conserva hasta ahora. Lo que hace ver que dichos síntomas no eran producidos por *regurgitacion de la bilis que hubiese ocupado la cavidad que no le era propia*, sino por una fuerte irritacion aumentada por los tónicos, estimulantes y eméticos ordenados fuera de propósito.

Ha extrañado tambien mucho este Señor el que yo dixese en mi nota que la medicina varía en cada pais: lo qual le hace muy poco honor, pues da á entender que no ha leido ni á Hipócrates, ni á Baglivi, á quienes cita en su papel. ¡ Qué avergonzado se vería si yo pudiese ponerle á la vista todo el inmortal libro del Padre de la medicina, en que habla del ayre, de las aguas y los lugares, y el cap. 15 de la práctica médica del sabio Romano ! Mas no puedo omitir el transcribirle las primeras cláusulas del uno, y algunos trozos del otro, porque vienen muy al caso. Así habla Hipócrates: *Si quis ad urbem sibi ignotam pervenerit, is eius situs curam habere debet, ut cognoscat quomodo ad ventos aut solis exortum sit exposita. Et haec quidem optime animo concipienda sunt, et quomodo ad aquas habeant, num palustribus et mollibus utantur, an duris et ex sublimi ac saxosis locis scaturientibus, sive salsis ac coctu dificilibus. Hominum quoque victus ratio, quanam maxime delectentur, inspicienda, an potui et cibis, et otio dediti, an exercitationibus et laboribus goudeant &c.* Con mas fuerza, razon y claridad demuestra Baglivi que segun los climas y los alimentos varian las enfermedades, y debe variar el método curativo, pues de lo contrario se cometen grandes errores en la práctica: debiéndose curar de un modo los franceses, de otro los españoles, y de otro los ingleses, alemanes &c. *Summopere miror quatumcumque regionum medicos negligentes hucusque fuisse in investiganda medicina indigena, sive medendi methodo, et medicamentis popula-*

rium suorum naturae potissimum convenientibus, sed indiscriminatim iisdem medeantur per praecepta quaedam generalia, et medendi methodum, quae fortasse commoda est illis in regionibus, in quibus auctores scripserunt.... Una eademque methodus, sive remedia praescribendi, sive dietam instituendi singulis regionibus non quadrat, sed varia variis; aliter enim in morbis curandis tractandi sunt Itali, aliter Galli, Hispani, Angli, Germani, aliique sua quique utentes aeris temperie, et suo quique victus genere.

¿Y qué cosa mas natural y sencilla que el que varíen muchas enfermedades en sus síntomas y carrera, y que tambien varíe el método de curarlas segun los climas y temperamentos, quando vemos que varían segun ellos casi todas las producciones de la naturaleza? Por lo qual los médicos sensatos, por muy ilustrados que sean, quando arriban á un suelo extrangero, no solo exâminan su situacion, vientos dominantes, calidad de las aguas, su escasez ó abundancia, alimentos y costumbres de sus moradores; sino que tambien conferencian con los profesores mas acreditados, para instruirse sobre el método de curar las enfermedades propias de ese pais, ántes de arrojarse á tratarlas, satisfechos con la vana presuncion de su saber.

De dicha causa depende la grande variedad y oposicion que se nota en los autores mas clásicos sobre el método curativo en muchas enfermedades. Así el gran Sidenham preconiza mucho su láudano en la disenteria, cuyo remedio condena Zimmerman: Haen y otros grandes médicos, siguiendo al mismo Sidenham, recomiendan el opio en las viruelas confluentes, y Tissot lo proscribe &c. Por esta razon los buenos médicos de Lima, aunque han aprendido de los autores extrangeros antiguos y modernos los principios inmutables de la medicina, y las reglas generales que sirven de guia para conducirse con alguna seguridad en el inmenso campo de su profesion, han sabido y saben hacer de dichas reglas generales la debida aplicacion, segun lo que les ha indicado el conocimiento topográphico de su suelo, y la observacion y experiencia en el tratamiento de las enfermedades. Referiré un caso que comprueba lo dicho.

Estando para embarcarse el Excmo. Señor Don José Fernando Abascal, se le torció la boca derepente al físico de Extremadura Don Felix Amador que debia acompañar en su viage á dicho Señor. Fué hospedado caritativamente en casa de Doña María Navarrete, y confió su curacion á los DD. D. Agustin Arenas y D. Antonio Treviño, los quales le ordenáron varios antiespasmódicos internos y externos. Encargóme el Señor Abascal que fuese á visitarlo, y hallándolo muy afligido por la experiencia que tenia de que dicha enfermedad era mortal, ó de muy dificil curacion en España, le aseguré que en Lima, aunque á las veces era síntoma de la paralisis, pero que freqüentemente era solo una afeccion reumática de los músculos de la cara, que cedia con las sangrías, baños emolientes y demas régimen antiflogístico, y que él se hallaba en ese caso. No le acomodó mi dictámen, ni tampoco á los profesores que le asistian, y continuó con los estimulantes antiespasmódicos. Pero como se empeorase mas cada dia, y le sobreviniese calentura, con mucho encendimiento en el rostro y rubicundez en los ojos, se adoptó el plan propuesto por mí desde el principio; y con dos sangrías largas, baños locales y diluentes, sanó muy pronto. Lo qual demuestra que dicha enfermedad, presentando el mismo síntoma característico en Lima que en España, varía enteramente, no solo en su pronóstico, sino tambien en el modo de curarla.

Concluye el Señor Solano su papel con una larga nota para enseñarnos que son quiméricas las enfermedades que atribuimos á indigestion, la que comunmente se llama *empacho*. Para probar esto emplea muchos renglones con el fin de darnos la novísima é importantísima noticia de que vivimos por el ayre, y de que respiramos aun quando dormimos, ó estamos privados de sentido. Y cita por último á *Don Andres Piquer gloria de los médicos españoles*, para que sepamos que las tres quartas partes de las enfermedades vienen del ayre. ¡Qué no quiera este Señor hacer distincion ninguna entre los paises! Lo que dice Piquer será cierto en algunos reynos de España, y principalmente en aquellos donde soplan vientos tan mortíferos, que es menester cerrarles la en-

trada, aunque los vivientes se abrasen de calor. No así en nuestro Lima, donde el plácido Sur nos vivifica, refresca y consuela de tal modo, que lo respiramos con ansia, y salimos fuera de las portadas á saludarlo y recibirlo en los meses calurosos.

Por el contrario, como los alimentos que aquí se usan son pesados y se repiten con freqüencia, y son pocas las gentes, especialmente entre las mugeres, que tengan una vida activa y laboriosa, son tal vez mas freqüentes las indigestiones ó empachos en Lima, que en ninguna otra parte, y muchas las enfermedades agudas y crónicas que dependen de ese principio. Pero porque pienso tratar esta materia con la extension que merece en una memoria separada, omito hablar mas sobre ella.

Tal vez por la demora de la prensa se habrá embarcado el Señor Solano quando salga á luz esta contestacion. No se desconsuele por eso. En la primera oportunidad remitiré á Madrid su memoria, acompañándola con este rasgo, para que le sirva de apéndice. Y si la sociedad de Medicina de Madrid es tan indulgente, que sin presentarle el autor sus Disertaciones buenas ó malas, y sin solicitar premio ninguno por ellas, solo por haberlas leido, le incorporó en su sabio y respetable cuerpo, despachandole de oficio el correspondiente Diploma, y honrándole en él con el epiteto de sobresaliente profesor de medicina: ¡ quan grandes serán los honores y distinciones con que premiará al Señor Solano por su incomparable memoria sobre el uso del Tartrite antimoniado de potasa en la epidemia biliosa de Lima!

Concluyo confesando que este profesor tiene talento, buenos principios, y facilidad para enunciarse; y que si se contraxese al estudio serio de los grandes prácticos antiguos y modernos, y á conferenciar con los profesores ilustrados y maduros del pais adonde se estableciere, no dudo que será muy útil á sus semejantes. *Medicus legat solos practicos celebratiores veterum et recentiorum. Correspondeat cum amico litterato; comparet collectiones quasdam medicorum, ut ne semper maneat in eodem, sed semper se perficiat.* Stoll. praelect. in morb. cron. tom. 1. De offic. Medic.